

## Muestra: "Las casas hacen a los hombres"

Mayo/Agosto 2018

### Las casas hacen a los hombres como los hombres hacen a las casas

Dr. Horacio Gnemmi Bohogú

*¿Podremos algún día zafarnos  
del peligro  
y ser libres?*

*Oswaldo Pol*

Para los tiempos que corren quizá lo más justo hubiese sido haber dicho: Las casas hacen a los seres humanos como éstos hacen a las casas. Sea como fuere, en las casas se concretan y desarrollan gran parte de nuestras vidas, por esto -no sólo- resulta justo pensar y actuar tanto en preservarlas cuanto en mejorarlas, transformarlas, maltratarlas, curarlas y muchas otras acciones más. Dichas acciones son, en parte, producto de las complejidades sensoriales que, para bien y para mal, provocan en los seres humanos los espacios habitables, como Frank Lloyd Wright bien lo sabía y sentía que podía aprovechar. Remitiéndonos al caso concreto que nos reunió, la casa de Diez de Andino al devenir museo ésta pasó a ser reconocida como hacedora de los seres humanos desde la historia, aquella que el museo muestra, representada por los objetos que tutela, historia de la que ella misma también da cuenta y mucho.

Antes que referir aquí a cuanto tantos años atrás se hizo en pro de la prolongación de la vida de la casa, se prefirió reflexionar sobre aspectos que sostienen a la idea conservativa, los cuales no tienen carácter universal y eterno. Por tal razón es que se aludirá a ellos desde un punto de vista, aquel personal del autor de este esquema, el que da cuenta de la estructura según la cual se desarrolló la reflexión que en su momento se hiciera *in situ*, en la casa misma. Si ayer, cuando se intervino la casa, los tiempos eran difíciles, duros diríamos, hoy no lo son de gloria y son -al menos- complicados. Así como ningún momento es igual a otro, nuestras actitudes e ideas también mutan, se transforman, se enriquecen, o debieran hacerlo, acompañando nuestro vivir. Esto implica que caminamos desarrollándonos, manifestando nuestro "ser en el mundo" evidenciando que estamos vivo a través de crecimiento intelectual. Sin embargo, las constantes están siempre allí, pocas o muchas, manifestando -a pesar de todo- al ser que es uno y que también es otros a la vez. La personal convicción del valor de la interdisciplinariedad, la importancia y valor de la complejidad del pensamiento, así como el valor de la filosofía y de la poesía en nuestra vida y decisiones, han sido las constantes que marcaron y enriquecieron un largo trayecto de búsqueda y reflexión iniciado en los años setenta del siglo pasado.

Cuando se alude al patrimonio edificado en particular y al cultural en general, es frecuente pensar en términos de identidad, esto sólo en occidente, ya que las culturas orientales, la cultura China, por ejemplo, tienen otro planteo y cosmovisión. Sobre la identidad entre nosotros, lo primero que debiera advertirse es que no se alude a lo mismo cuando se piensa en la identidad que cuando se refiere a la identificación, expresión cara al psicoanálisis freudiano, usadas de forma indistinta aún queriéndose referir a situaciones diversas. A la identidad se la puede robar, suplantar, imponer, reprimir y hasta digitalizarla; además, hoy la idea de la identidad no es igual a cuanto sobre ellas antes se pensaba, ha mutado. Así lo evidencia Bauman, al observar que una identidad unitaria sería un impedimento, algo así como una limitación a la libertad de elegir. Identificarnos, en cambio, implica poner en juego una serie de mecanismos entre los cuales los sensoriales juegan un rol muy importante. Pulsiones, goce, bienestar, placer, curiosidad, y tantas otras más, son razones importantes para abrir la puerta a la identificación con un cierto objeto construido. Luego, están otros valores, estéticos, formales e históricos, por ejemplo, que también posibilitan la identificación, pero para esto hace falta – al menos para un cierto tipo de valores- lo que en el otro caso no sucede, contar con una cierta información.

La palabra patrimonio viene del latín *patrimonium* y remite al padre, el que transmite y hereda a sus hijos en una transmisión de carácter vertical; de la palabra madre viene *matrimonium*, la que remite, en nuestro caso, a la custodia en horizontal de la cultura que la madre hacía en el hogar, cuando ese era su gran y único lugar en la familia. Más allá de los cambios, pensar en esos términos alude a un hermoso equilibrio, al cual hoy ambos, padre y madre, sostienen por igual y desde lugares y roles compartidos. Estamos refiriendo a nuestro segundo patrimonio, al cultural, luego de la naturaleza, el primero. El patrimonio cultural y el edificado en especial, en este caso, son un bien que heredamos y con el que por varias razones nos identificamos, valores de por medio.

Los bienes edificados son objetos singulares, sobre los que Baudrillard señalaba que “para que haya seducción debe haber consenso”, el cual está vinculado con la identificación antes aludida. Consenso que, para el caso de la casa de Diez de Andino es evidente e importante, a partir de seducciones múltiples pero confluyentes. Lo dicho no hace que el patrimonio sea sagrado sino valioso, aunque justo es observar que toda obra construida tiene siempre algunos valores, el primero, por todas compartido, es el valor de uso.

Si el patrimonio edificado se caracteriza porque en él identificamos más valores, de mayor peso y significación de aquellos que son frecuentes en la arquitectura en general, pues entonces es lógico pensar que luego se reclamará y hará necesaria su tutela, la que en ocasiones debe implicar intervenciones conservativas y hasta restaurativas. Décadas atrás, en el siglo pasado, se prefirió aludir a la puesta en valor, modo más poético de referir a la cura de los bienes, sólo que poco dice concretamente, pues se puede poner en valor a través de muchas formas y no siempre los mejores y las necesarias. En cambio, aludir a la conservación y a la restauración

implica pensar en acciones concretas, específicas y nombradas con precisión. Por encima de éstas, y de algunas otras acciones más, está la preservación, la que quizá sea responsable del primer gesto, aquel indispensable de poner en práctica antes de actuar físicamente, ya que se anticipa a la pérdida o daño y resguarda, antes de que sea tarde.

Luego, por último, es necesario hacer una breve referencia y consideración sobre la figura y el rol del conservador, personaje cuya figura debiera ser invisible tanto como grandiosa debiera ser su acción. Prudencia, humildad y cuanto rigor sea posible, deben ser los rasgos que sostienen la actuación del conservador, cuyo ego debiera adormecerse, al menos mientras se encuentra con las manos en la obra por conservar, la cual no es embellecedora y, menos aún, está destinada a borrar años y a mejorar la imagen.

Lo antes dicho es sólo una apretada síntesis y quizá, por tal razón resulta ser peligrosa, ya que enuncia sólo las ideas y de manera muy breve. A modo de disculpa, se señala que con y en ella sólo se pretendió evidenciar algo de cuanto piensa, quien esto escribe, sobre lo es motivo de su interés, preocupación y trabajo: el patrimonio edificado, o las preexistencias, como ante todo se prefiere reconocerlas.